



VENID A ADORARLE

JUNIO 2013



MISIÓN MADRID

Congregado el pueblo que, si se juzga oportuno, puede entonar algún canto, el ministro se acerca al altar. Si el Sacramento no se conserva en el altar en que se va a tener la exposición, el ministro, cubierto con el paño de hombros, lo traslada desde el lugar de la reserva, acompañándole algún ayudante o algunos fieles con cirios encendidos. Expuesto el santísimo Sacramento, si se emplea la custodia, el ministro inciensa al Sacramento.

1. Canto para la Exposición

*Que la lengua humana cante este misterio:
la preciosa sangre y el precioso cuerpo.
Quien nació de Virgen, Rey del universo,
por salvar al mundo dio su sangre en precio (2)*

*Fue en la última cena, ágape fraterno,
tras comer la Pascua según mandamiento:
con sus propias manos repartió su cuerpo,
lo entregó a los doce para su alimento. (2)*

*Se entregó a nosotros, se nos dio naciendo
de una casta Virgen; y acabando el tiempo,
tras haber sembrado la Palabra al pueblo,
coronó su obra con prodigio excelso.*

*La Palabra es carne y hace carne y cuerpo,
con palabra suya, lo que fue pan nuestro.
Hace sangre el vino y,
aunque no entendemos,
basta fe, si existe corazón sincero. (2)*

2. Lectura de un texto bíblico

Del evangelio según san San Lucas

Lc 9,18-24

Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó:

-¿Quién dice la gente que soy yo?

Ellos contestaron:

-Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha vuelto a la vida uno de los antiguos profetas.

El les preguntó:

-Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Pedro tomó la palabra y dijo:

-El Mesías de Dios.

El les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y añadió:

-El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Y, dirigiéndose a todos, dijo:

-El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará.

3. Oración en silencio

4. Canto

En la cruz está la vida
y el consuelo,
y ella sola es el camino
para el cielo.

En la cruz está el Señor
de cielo y tierra,
y el gozar de mucha paz,
aunque haya guerra.
Todos los males destierra
en este suelo,
y ella sola es el camino
para el cielo.

El alma que a Dios está
toda rendida,

y muy de veras del mundo
desasida,
la cruz le es árbol de vida
y de consuelo,
y un camino deleitoso
para el cielo.

Después que se puso en cruz
el Salvador,
en la cruz está la gloria
y el honor,
y en el padecer dolor
vida y consuelo,
y el camino más seguro
para el cielo.

5. De las homilias de san Juan de Ávila

(Sermón 15)

¿Seguís al Señor sin cruz? Pues no vais tras Él. Muchos se venían cuando predicaba en los montes, en el campo y en los templos, y de cuantos siguieron entonces no hubo uno que le ayudase a llevar la cruz. La cruz, dice el Señor, que le ayudéis a llevar. Ni por dineros ni por ruegos, nunca hallaron quien le ayudase a llevar la cruz, sino por fuerza hicieron a Simón Cirineo que se la ayudase a llevar. En los placeres, en las misericordias, todos le siguen, todos confían en su misericordia, y no hay ninguno que le ayude a llevar la cruz. No hay quien pueda sufrir que le quiten lo que algo le duele. No hay quien sufra a su prójimo con paciencia. No hay quien se aparte del mal por Jesucristo y le ayude a llevar la cruz.

¡Oh! Mal galgo, que siguió a la liebre por el llano, y porque se le entró por unas espinas deja la liebre y vuélvese sin ella. De esa manera seguís a Jesucristo. Seguís sus pisadas por llano; amáis sus misericordias, holgáis con los consuelos; y porque se os mete por las espinas, dejáis a Jesucristo; porque os pone en una tribulación, porque se os esconde para conocer quién sois sin Él, decís luego: “Hásemme escondido, ya no me quiere, ya no me consuela”; perdéis luego el rastro; luego decís que os castiga, que os ha quitado la gracia. No así, no. Entrad, buen galgo, en la zarza, que luego sacaréis la liebre. Entrad sin temor, entrad en las espinas, aunque penséis que os habéis de espinar, que ahí hallaréis al Señor; entrad en los trabajos, que se ha metido para que le busquéis; entrad en los trabajos, entrad en vencer la carne, en desechar al demonio; entrad en la carne, que, si entráis, tened por cierto que ahí se entró, pensad que ahí lo hallaréis.

“Si vienes tras mí, ven sin ti. No pienses en ti; haz cuenta que no eres”. No tengas en nada espinarte, que ahí está el Señor. ¿Qué fuera de ti, cristiano, si Jesucristo dijera: “Quiero ir a salvar el mundo por lo llano, pero si hay espinas no quiero”? ¿Qué fuera de ti? ¿Qué hicieras tú si Dios no se pusiera contra todo el mundo y se entrara rascañado por las espinas y trabajos que pasó? ¿Qué fuera de ti si Él no quisiera pasar trabajos y si, habiendo llegado al paso de la muerte, no dijera: Hágase, Padre, como tú quisieres y no como yo quiero; y si no quisiera que le espinara la espina de la pobreza, de la paciencia y de la caridad que, con todo cuanto pasaba, tenía para perdonarlos? ¿Y sabéis a cuánto llegó? Que lo coronaron de espinas, lo azotaron, lo escupieron, lo mofaron y le hirieron mil injusticias que no se pueden escribir ni contar, y al final no pararon hasta ponello en la cruz. Pero si Jesucristo dijera, como tú, que no se quisiera meter por espinas, ¿qué fuera de ti? Y si por ti se metió el Señor de los señores por tan grandes trabajos, ¿qué mucho que tú te metas siquiera por alguno de ellos? Síguele y conocerás que eres su oveja.

6. Oración en silencio

7. Preces

Invoquemos a Cristo, luz del mundo y alegría de todo ser viviente, y digámosle confiados: **Concédenos, Señor, la salud y la paz.**

- Luz indeficiente y Palabra eterna del Padre, que has venido a salvar a todos los hombres, ilumina a los catecúmenos de la Iglesia con la luz de tu verdad.
- No llesves cuenta de nuestros delitos, Señor, pues de ti procede el perdón.
- Señor, que has querido que la inteligencia del hombre investigara los secretos de la naturaleza, haz que la ciencia y las artes contribuyan a tu gloria y al bienestar de todos los hombres.
- Protege, Señor, a los que se han consagrado en el mundo al servicio de sus hermanos; que, con libertad de espíritu y sin desánimos, puedan realizar su ideal.
- Alienta, Señor, a todos los que colaboran contigo desde la Misión Madrid en el plan de anunciar tu evangelio a todos los hombres, para que experimenten la alegría de los discípulos y el ánimo del Espíritu.
- Señor, que abres y nadie cierra, lleva a tu luz a los que han muerto con la esperanza de la resurrección.

Padre nuestro

Escucha, Señor, nuestras súplicas
y asiste benigno a tu familia;
aunque el peso de nuestras culpas nos aleja de ti,
que tu amor no abandone
a los que has redimido y hecho tuyos.
Haznos conocer el anuncio del Evangelio
y alcanzar la vida eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Al acabar la adoración el sacerdote o diácono se acerca al altar, hace genuflexión sencilla, y se arrodilla a continuación, y se canta un himno u otro canto eucarístico. Mientras tanto el ministro arrodillado inciensa al santísimo Sacramento, cuando la exposición tenga lugar con la custodia.

8. Canto eucarístico

Adorad postrados este sacramento.
Cesa el viejo rito, se establece el nuevo.
Dudan los sentidos y el entendimiento:
que la fe lo supla con asentimiento. (2)

Himnos de alabanza, bendición y obsequio;
por igual la gloria y el poder y el reino
al eterno Padre, con el Hijo eterno,
y al divino Espíritu que procede de ellos (2).

9. Oración

Oremos. Concédenos, Señor y Dios nuestro,
a los que creemos y proclamamos
que Jesucristo,
el mismo que por nosotros
nació de la Virgen María
y murió en la cruz,
está presente en el Sacramento,
bebamos de esta divina fuente
el don de la salvación eterna.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

10. Bendición y reserva

Dicha la oración, el sacerdote o diácono, tomando el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o copón y hace con él en silencio la señal de la cruz sobre el pueblo.

Acabada la bendición, el mismo sacerdote o diácono que dio la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión, mientras el pueblo, si se juzga oportuno, hace alguna aclamación y finalmente el ministro se retira.

11. Aclamación

Tú, Señor, me llamas.
Tú, Señor, me dices: "Ven y sígueme".
¡Señor, contigo iré! ¡Señor, contigo iré!